



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

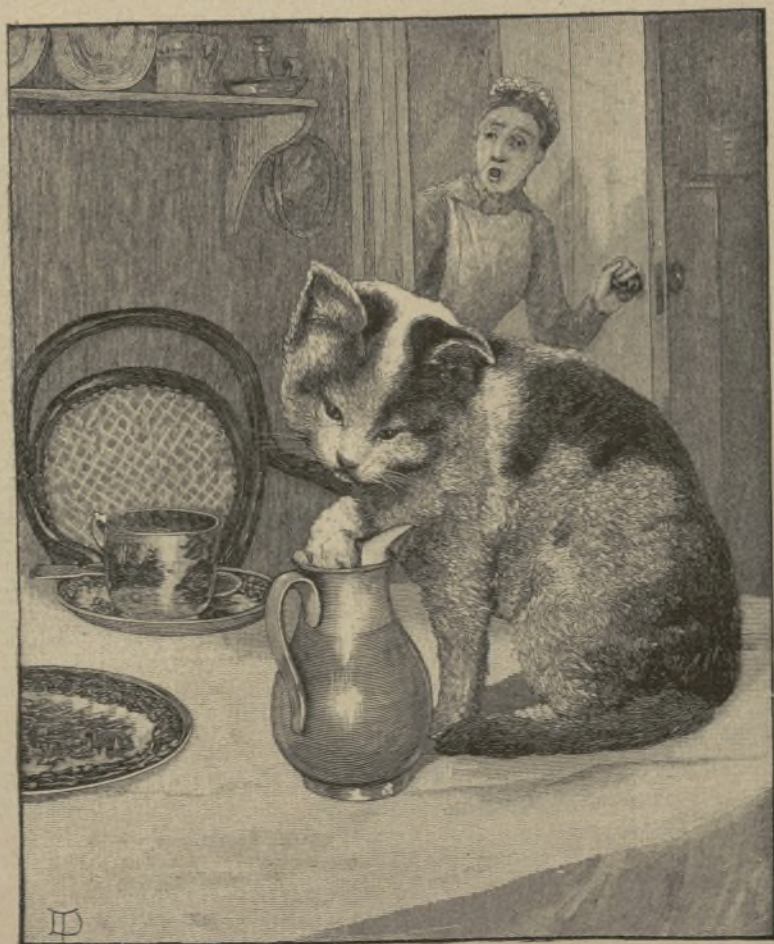
Año II



28 de julio de 1888



Núm. 39



EL GATO GOLOSO

EL RUEGO DE UNA MADRE

(CUENTO ORIGINAL)

I

RECUERDO que en cierta ocasión, al ir á darle los días, una aristocrática dama puso en mis manos un objeto singular, diciendo:
—Mire V. qué regalo he recibido.

El objeto en cuestión era, al parecer, el nudoso pedazo de una rama de alcornoque conservando la natural tosquedad del árbol. Entre la áspera des-



El nido de las moscas

igualdad de la corteza distinguí un nacarado botoncito: oprimilo con el pulgar de la mano derecha, abrióse como por encanto el rústico fragmento, y entonces pude ver que estaba hueco y forrado de terciopelo carmesí, sobre cuya parte inferior se destacaba un hermoso brazaletes, compuesto de tres aros de oro puro con esmaltes finos y perlas y brillantes montados al aire.

Pues bien: algo semejante al caprichoso presente hecho á la dama venía á ser Joaquín, el héroe de este cuento. Ora obedeciese á la ley de los contrastes, ora á un capricho de la naturaleza, ó bien á un oculto designio de la divina Providencia, es lo cierto que Joaquín, sin darse de ello cuenta, era una joya: un alma generosa y pura, encerrada en el grosero estuche de un cuerpo repulsivo. Al verle en la calle, los transeúntes pasaban de largo, dirigiéndole ya una mirada compasiva, ya un chiste trasnochado, ya una cuchufleta ó un sarcasmo, según el carácter ó el humor de cada cual. ¿Cómo no, si nuestro héroe era feo y jorobado, si su cara parecía una careta, si su cuerpo, visto de espaldas y á cierta distancia, traía á la memoria un embudo descomunal ó un paraguas medio abierto? No obstante, y eso no lo veían los transeúntes, dentro de aquella forma ridícula y grosera conteníanse el oro de un corazón

sensible, los esmaltes de la virtud, las perlas y los brillantes de un entendimiento sano y vigoroso.

Nacido en humilde cuna, huérfano á los veinte años, sin familia ni hogar, Joaquín emprendió, con más esperanzas que realidades, la lucha por la existencia.

—¿Qué hacer? ¿A qué dedicarme?—se dijo una mañana en la estrechez de su pobre guardilla, sostenida á duras penas con los menguados ahorros de sus

difuntos padres. — Veamos con qué fuerzas cuento antes de entrar en batalla. Salud, aunque no es mucha, el Cielo me la mantenga; instrucción, recibí alguna cuando Dios quería; constancia, no me falta; entendimiento, tampoco, según decía mi maestro, el que entre otras cosas me enseñó á amar á Dios y á los hombres. Carezco de capital con que establecerme en algún ramo de la industria ó del comercio... Si á fuerza de estudio pudiera prepararme, ingresar en algún cuerpo facultativo: en ingenieros, en estado mayor, pongo por caso... ¡Ay! Uno de los primeros requisitos que en el reglamento de admisión se exigen es el de no tener ningún defecto físico, y yo... Si me hiciera médico, abogado... ¿Dónde están los recursos para costear una carrera larga? Además, ¿qué enfermo me llamaría á su cabecera? ¿qué litigante querría fiarme sus litigios? Tal vez se burlasen de mí diciéndome que llevo á la espalda la botica ó el digesto. Soy desgraciado,—añadió.—No importa, trabajaré: más días hay que longanizas y no se ganó Zamora en una hora.

En tales indecisiones y proyectos se pasaron días, semanas y aun meses; y el pobre Joaquín, agotados sus recursos, llegó á no tener pan que llevarse á la boca, ni ropa con que cubrir decorosamente sus atormentadas carnes.

—La suerte no me favorece,—se volvió á decir. Y puesta su confianza en Dios, se dió con nuevo ahinco á buscar una colocación cualquiera.

Dios no abandona nunca á sus criaturas: son ellas las que con frecuencia se abandonan á sí mismas. Empero Joaquín no pertenecía á este número, prefiriendo mil veces morir á degradarse á sus propios ojos. Así no es de extrañar que, en su lucha entre la vida y la muerte, el desheredado de la fortuna



El nido de las moscas

na diera con un industrial que, compadecido de su desgracia, le colocara en el mostrador de una tienda de sedas. El empleo era humilde, el estipendio corto; pero en tan apuradas circunstancias constituía un áncora de salvación, y Joaquín aceptó con gratitud el apodo de *hortera*.

Vivió una temporada midiendo y vendiendo telas, hasta que un día, como se le antojase al dueño de la tienda que el rostro y la espalda de su dependiente ahuyentaban ó divertían á las compradoras, notada la inteligencia del mismo, del mostrador le trasladó al escritorio, fiándole la caja, la contabilidad y aun la dirección de los negocios de la casa.

Entonces empezó para nuestro héroe un largo período de tranquilidad y desahogo. Disfrutando de más crecidos honorarios, aconsejando á su princ-



El nido de las moscas

pal en algunos asuntos, interviniendo en otros, mirando y disponiéndolo todo con ojos de lince y con entendimiento despejado, la casa prosperó, medró, hizo balances increíbles, con gran satisfacción del industrial, quien solía decir, en sus ratos de buen humor, á espaldas del afortunado dependiente:

—¡Quién lo pensara! En esa fea joroba se encierra un Potosí.

En tanto, Joaquín, abandonando su guardilla, había alquilado un alegre cuarto tercero, con mucho aire y mucho sol, en un extremo de Madrid. Tenía depositado algún dinero en la caja de ahorros, vestía con decorosa sencillez, y todos los domingos y demás días festivos se permitía el lujo de sorber una taza de café, chupar una tagarnina del estanco y asistir á la representación de alguna buena obra de maestros dramaturgos, á las cuales era por demás aficionado. De esta suerte considerábase tan feliz que, camino del teatro, oía como quien oye llover los sarcasmos y las cuchufletas de los transeuntes.

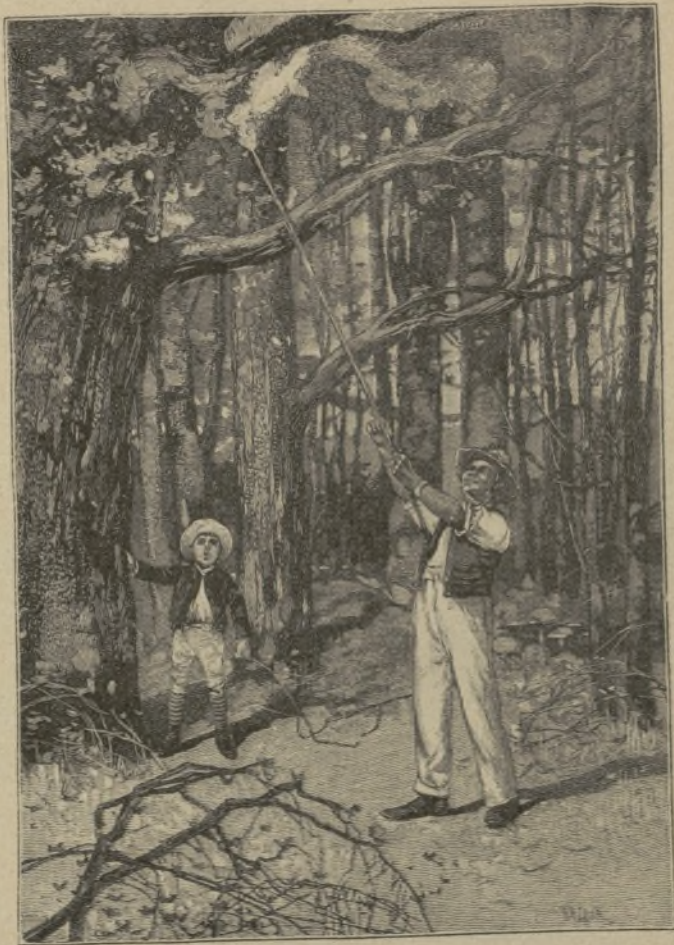
Educado en el santo temor de Dios, las costumbres de Joaquín eran honestas; mas lo honesto no excluye lo humano, y, habiéndole otorgado el Creador un corazón para sentir y un espíritu para anhelar, él sentía y anhelaba el complemento de su ser, el sol del hogar y el encanto de la existencia; quería, si era posible, casarse como Dios manda y no como se casan muchos hoy en día. Y siendo una verdad, según suele decirse, que nunca falta un roto para un descosido, aunque parezca extraño encontró su media naranja en Emilia,

una humilde costurera, desvalida como él y compañera de galería del Teatro Español en las tardes domingueras. A fuerza de verse, comenzaron á mirarse: él á ella con interés, ella á él con compasión; á fuerza de mirarse, ayudados de esos mil incidentes fortuitos entre personas que sin conocerse pasan juntas largas horas, como la estrechez del sitio, la caída de un pañuelo ó lo asfixiante de la temperatura, entablaron conversación, comunicáronse sus ideas, descubriéronse sus sentimientos; y establecida la afinidad de espíritus con el trato frecuente, con la costumbre de verse y de estimarse, Joaquín acabó por querer á Emilita, Emilita por olvidar la deformidad y corresponder al cariño de Joaquín. Este habló con la madre de la costurera, que la acompañaba siempre, y, pesado con madurez el caso y examinadas por ambas partes las probables consecuencias, concertaron la boda para cuando el novio tuviera ahorrada la suma indispensable con que atender á las necesidades del momento.

—¡Bendito sea Dios! ¡Qué feliz soy! —se dijo Joaquín. Y con objeto de acelerar en lo posible el anhelado instante, resolvió abstenerse del tabaco y del café.

En esto vino el verano con sus calores asfixiantes, y cayó sobre Madrid una epidemia sedienta de víctimas, en cuya balumba, triste es decirlo, arrebató á Emilita en la flor de su edad, en la plenitud de su hermosura y cuando más le sonreía la existencia.

Y no fué esto lo peor, sino que, pocos días después, el comercio en que holgadamente ganaba su sustento el pobre jorobado, ostentó este cartel: *Cerrado por defunción*. El compasivo industrial, víctima también de la epidemia, había ido á reunirse con Emilita, dejando el comercio sin sucesor y á Joaquín lanzado nuevamente al naufragio de la indigencia. Tan grande fué el dolor del



El nido de las moscas

infeliz, que, á no servirle de freno la fe y la inteligencia, sacudiera la carga de la vida. No obstante, contentóse con separar los ojos de la tierra y alzarlos al cielo, murmurando estas palabras:

—¡Dios mío, madre mía: no me abandonéis!

II

La madre de Joaquín, habiendo llorado mucho, estaba en el Cielo; y desde allí, mirando á la tierra, veía con el alma oprimida las congojas de su hijo.



Jorge y los gansos

Volvióse hacia Dios, y, juntando las manos sobre el pecho, le rogó de esta manera:

—¡Señor, no le abandones!

Dios clavó en la madre sus ojos compasivos, y, sonriéndose melancólicamente, respondió:

—La felicidad no es de ese mundo: está en el Cielo.

En tanto el infeliz trataba de oponer el pecho á la desgracia. En aquel reflujo de la suerte había abandonado el alegre cuarto tercero por la triste guardilla, y, suspendido entre el cielo y la tierra, parecía la arista juguete del viento. Vivía consumiendo los restos de su perdido bienestar, y devanábale los sesos contra el infortunio, que amenazaba devorarlo. ¿Qué hacer? ¿Dedicarse á la política? Era demasiado bueno, lo cual es sinónimo de tonto en muchas ocasiones. ¿A la literatura? No produce para

vivir. ¿A pretender un destino? Se necesita valimiento y existen mil pretendientes para cada credencial.

Como piedra desprendida de la cumbre, Joaquín rodó por la vertiente hasta el fondo del barranco. Solicitó varios empleos semejantes al de que antes disfrutara, y, no encontrando ojos que vieran más allá de la corteza, fueron

vanas sus pretensiones. Ciertos tahures ofrecieron colocarle en un garito, y él los rechazó indignado. Se estableció de memorialista en los soportales de la plaza Mayor, y las cocineras y las doncellas iban á reirse de su joroba antes que encomendarle sus asuntos. Por un capricho singular de la fortuna, obtuvo al fin una plaza de acomodador en el mismo teatro en que conociera á su difunta Emilita, plaza cuyo desempeño le partía el alma; y al cabo hubo de renunciar á ella por habérsele antojado al director que la presencia de Joaquín, sobre todo en los días de moda, era una nota discordante en la elegancia del salón. Enton-



Jorge y los gansos

ces el infeliz se atrevió á escribir un drama y á presentarlo á la empresa; mas, como era de un acomodador, ni siquiera lo leyeron.

De esta suerte, yendo y viniendo días, llegó uno en que Joaquín vió de nuevo agotados sus recursos. Repentinamente una idea luminosa hirió su cerebro.

—¡Ah! Ya sé,—discurrió meditando en su guardilla.—Si yo escribiera un artículo notable sobre cuestiones económicas, dejando entrever en él un ventajoso plan de hacienda; si ese artículo viera la luz en un periódico de gran circulación... Lo dicho, manos á la obra.

Escribió su artículo con gran madurez, y, no fiándose del correo, él mismo fué á llevarlo.

—Muy bien: he de leerlo,—dijo el director.—Vuelva V. mañana.

Joaquín, obedeciendo á un sentimiento de delicadeza ó de rubor, volvió á los dos días.

El director del periódico, por inesperado asunto urgente, había tenido que salir á un viaje del cual no regresaría hasta después de una semana.

—¿Ha dejado algún recado para mí?

—Nada.

—Vds. dispensen.

Como Joaquín pasó aquella semana, sólo Dios, que todo lo ve, y su madre, que estaba en la gloria, lo supieron.

Al fin volvió á la redacción del periódico, y, sin introducirle en el despacho del director, le devolvieron sus cuartillas. El artículo no gustaba.

La esperanza es moneda del Cielo, que circula acá en la tierra, donde no se recobra si una vez se pierde ó se malgasta.

—¡Dios mío!—exclamó Joaquín, desesperado.—¡Si no creyera en tu bondad, te devolvería una existencia tan amarga!

Al oír, allá en el Cielo, este sollozo, la madre de Joaquín no pudo más, y, volviéndose á Dios, le dijo:

—Señor: mi hijo llora lágrimas de sangre. Una madre no es feliz, ni aun en el Cielo, viendo llorar á su hijo. ¡Ampárale ó vuélveme á la tierra para sufrir con él!

El Omnipotente posó en ella una mirada luminosa, y, sonriendo á su Santísima Madre, respondió:

—Tu ruego es justo, mujer: ni tu hijo ni tú lloraréis más.

Dios no puede engañarse ni engañarnos. Al otro día Joaquín murió de hambre y de pena, y hoy es feliz, para siempre, al lado de su madre.

JUAN TOMÁS SALVANY



LABORES FEMENINAS

Qu^e visite detenidamente la Exposición Universal de Barcelona, al fijarse en determinadas instalaciones comprenderá que, si las manos femeninas se dedican la mayor parte de las veces á trabajos insignificantes y secundarios, debidamente dirigidas pueden obrar verdaderas maravillas, sorprendentes prodigios.

Buen testimonio de ello es la instalación correspondiente á la Casa Provincial de Caridad de Barcelona, levantada en una de las naves del Palacio



Los pequeños buhoneros

de la Industria. Dibujos, flores, esculturas, tejidos, bordados, encajes, cuanto puede desearse y exigirse, se halla expuesto en la instalación. Allí se ven desde la alpargata más grosera al encaje más primoroso, desde la confección más sencilla á la más delicada alba, desde el tejido más basto á las casullas bordadas con tanto gusto como riqueza; revelando, cuanto se admira, la notable y completa instrucción que bajo la dirección de las Hermanas de la Caridad reciben las numerosas asiladas de la Casa, una de las mejor montadas de España, y que nada deja que desear si se la compara con las mejores de Europa. Yo guardaré siempre gratísimo recuerdo de una visita que hice un día á *Sœur Eulalie*, superiora entonces de la Casa. Nos enseñó todas las dependencias del edificio; vimos los diversos talleres donde aprenden oficio

los niños: sastres, zapateros, imprenta, tejedores, etc., etc.; y nos persuadimos de que, si en aquel benéfico asilo sólo entran niños desgraciados, salen, en cambio, hombres útiles y con aptitud para ganarse donde quiera el sustento necesario.

En otra nave del propio palacio tiene su instalación *La Bordadora*, que expone magníficos bordados artísticos y decorativos. De quién son obra las maravillas que expone, yo no lo puedo precisar. Si los ángeles bordaran, puesto que la perfección sólo cabe en lo divino, desde luego os aseguraría que de manos de ángeles han salido aquellas prodigiosas labores; pero la suposición ni es verosímil ni admisible, y tenemos que admitir que aquellos primorosos y delicados bordados son fruto de una paciencia rayana en santidad, de unas manos prodigiosas y destinadas á obrar maravillas.

Por un prospecto que me dieron junto á dicha instalación, no es aventurado suponer que algunos de los citados bordados son obra de la Srta. D.^a Dolores Sivilla y Prats, premiada con premio de honor y otro primer premio en el Certamen y Exposición de *La Bordadora* en 1879. Pero ¿y aquella hermosísima ánfora, escultural, primorosa, digna de maestro cincel, de quién es obra? ¿Por qué á su pie sólo aparecen simples iniciales? ¡Modestia indisculpable! Aquella ánfora es una obra acabada, perfecta, única, modelo de pulcritud y de delicadeza tal, que, si nosotros formásemos parte del jurado, desde luego creeríamos obrar con estricta imparcialidad y justicia otorgándole la más alta distinción.

Llama asimismo justamente la atención un magnífico crucifijo de escamas de pescado, obra de una señora cuyo nombre siento vivamente no recordar en este instante, y que denota una paciencia, un gusto y un sentimiento artístico digno de todo encomio. Es la primera obra en su clase que se ha visto en España, y es posible que no se vea otra igual. Maravillas como la que nos ocupa no se ven todos los días; son frutos de una paciencia á toda prueba, y la paciencia, francamente, debe ser, pero no es, el fuerte de la gran mayoría de las mujeres. Por eso el crochet y los trabajos que cunden son sus predilectas labores: las que requieren vigiliias y cuidados, y meses y años, nunca las pondrá de moda, ni es fácil que consigan gran aceptación.

Y, á la verdad, quizá sea disculpable ese ligero defecto. ¡Es la vida tan corta, que bien vale la pena de que aprovechemos el tiempo!

BENJAMÍN



— NUESTROS GRABADOS —

EL GATO GOLOSO

Tenía cierta familia un gatito muy gracioso que era encanto de las criaturas, porque jugaban con él continuamente y hacía reír á todos con sus saltos y cabriolas; pero cuando no retozaba, veíasele siempre durmiendo en el cesto de la ropa.

—Quisiera saber,—dijo un día la mamá, cuando todos los niños estaban sentados á la mesa almorzando,—quién es el que se bebe mi leche todas las mañanas cuando la dejo sobre mi mesa.



El gato y la langosta

Todos los niños miraron sorprendidos á su mamá, como preguntándole el significado de sus palabras.

—Sí,—continuó la madre;—dejo la leche en una jarrita sobre la mesa, y hace ya tres días que desaparece la mitad.

Ninguno de los niños se reconocía culpable, é hicieronse comentarios, sin que nadie hallase la explicación, pues ninguna de las criaturas tocaba la jarra.

A la mañana siguiente, sin embargo, se descubrió quién era el ladrón, que resultó ser el gato. El animal saltaba á la mesa, introducía su pata en la jarrita, lamíala después cuidadosamente, y repetía varias veces la misma operación, apurando así una regular cantidad del líquido. Cuando oía pasos saltaba al cesto y fingía dormir.

Desde que se descubrió la travesura, túvose buen cuidado de que la leche no volviera á desaparecer.

EL NIDO DE LAS MOSCAS

El niño Rodolfo, que vivía en el campo, volvió cierto día á su casa corriendo, y gritó al entrar:

—Tío Anselmo: busquemos una pértiga, y venga V. conmigo al bosque.

—Pues ¿qué has visto?

—Una cosa que parece una bola de papel muy grande. Al principio creí que era un globo hecho con papel de estraza, pero después observé que muchas moscas corrían por encima, y entonces pensé que aquello sería un nido de esos insectos. ¿Hacen nido las moscas, tío?

—Yo no he visto nunca ninguno; pero ahora veremos qué es eso que has encontrado.



El gato y la langosta

El tío Anselmo cogió dos diarios viejos, sujetólos en la extremidad de una pértiga, y seguido del muchacho dirigióse al bosque.

—Allí está, en aquel árbol, —dijo Rodolfo señalando con el dedo la rama de un roble.

Después de mirar un momento, el tío Anselmo vió lo que ya esperaba ver: un nido de tábanos. Sacó un fósforo del bolsillo, encendió el papel que había puesto en la extremidad de la pértiga y acercólo al nido, que las llamas destruyeron muy pronto.

Cuando el tío de Anselmo le dijo que el aguijón del tábano hacía mucho daño, el muchacho se alegró de no haber alcanzado el nido, porque seguramente le habrían picado los tábanos.

Rodolfo reconoció así que los niños no deben tocar cosa alguna cuando no saben lo que es.

JORGE Y LOS GANSOS

—¿Quieres venir conmigo al huerto para correr un poco mientras tiendo la ropa?—preguntó el aya al pequeño Jorge.

—¡Oh, sí!—contestó el niño batiendo palmas.—Ya te sigo.

Agradábale mucho á Jorge ir al huerto cuando alguien le acompañaba, pero no si había de ir solo, porque era algo miedoso. Sabía que el aya cuidaría de él tan bien como su mamá, y, por lo tanto, fué muy contento; pero cuando aquella hubo tendido la ropa, se marchó sin decir palabra, dejando al niño solo.

No tardó Jorge en echarlo de ver, y entonces profirió un ruidoso grito, con lo cual llamó la atención de unos gansos que estaban picando la yerba allí cerca y que acudieron al sitio donde estaba Jorge. Sin duda extrañaban que un ser tan pequeño hiciese tanto ruido, y querían examinarle de cerca. Después de rodear al niño, comenzaron á picotearle las manos, y esto con tal fuerza que Jorge gritó más ruidosamente que nunca y comenzó á llorar. Hubiera querido huir, pero temía que aquellas aves le derribaran en tierra de un aletazo; mientras que, si permanecía inmóvil, seguirían picándole y tal vez le destrozarán.



El gato y la langosta

Pero el niño pensó que era preciso correr en busca de su mamá, y, lanzando un grito atronador, echó á correr, aunque temiendo que los atrevidos gansos fueran en su seguimiento y le hicieran caer con sus robustas alas. No quedó poco sorprendido cuando al volver la cabeza observó que las aves, en vez de perseguirle, seguían picando la yerba tranquilamente.

Pocos momentos después Jorge estaba en brazos de su mamá, que le consoló con besos y caricias después de curarle los dedos, algo deteriorados por los picotazos de las aves.

Jorge refirió á su mamá detalladamente la aventura, que hizo sonreír á la madre; pero desde aquel día el niño no quiso volver al huerto sin tener la seguridad de que volvería acompañado.

LOS PEQUEÑOS BUHONEROS

Ved aquí unos niños que parecen animados del espíritu comercial. En sus bolsas para los libros llevan siempre diversos objetos, y sobre todo juguetes, que ofrecen vender á sus compañeros. Pedazos de cinta, manzanas, nueces y otras bagatelas, constituyen sus géneros; y cuando todos los niños se reúnen, cada cual enumera la buena calidad de su mercancía como pudiera hacerlo un verdadero comerciante.

EL GATO Y LA LANGOSTA

El criado Tomás entró en la cocina con la cesta de la compra, y dejóla en el suelo un instante mientras iba en busca de la cocinera.

En la cocina había dos gatos, á uno de los cuales habían dado el nombre de *Bola de Nieve* á causa de su hermoso pelaje, cuya blancura hubiera competido con la de la nieve. Este gato, más cuidadoso que su compañero, acercóse á la cesta, levantó la tapa, y, como viese que había algo vivo en el interior, volvióse como para llamar al otro gato, colocándose de modo que la punta de su cola quedó sobre la cesta. Dentro de ésta última había una langosta viva, que, molestanda, sin duda, por estar prisionera, y al sentir en su rostro los pelos de la cola del gato, cogiéndola entre sus pinzas, oprimiéndola con toda su fuerza.

El animal maulló lastimeramente, y quiso librarse de aquella tenaza saliendo de la cocina; pero el crustáceo, sin soltar la presa, siguió detras, hasta que al fin el pobre gato llegó al jardín, donde el perro se precipitó sobre la langosta.

En aquel instante llegó el criado, y puso término al desorden llevándose la langosta á la cocina, mientras que *Bola de Nieve* corría á refugiarse en un rincón, donde comenzó á lamerse la cola, algo deteriorada, y de donde no salió hasta la noche. Desde aquel día no se acerca á la cesta de la compra, recordando, sin duda, el percance sufrido.



EL CENTÉN DE TERESITA

(Arreglo de una historieta anglo-francesa)

I

ERA la Noche Buena de 188... Una bandada de niños, hermanitos todos, ellos y ellas, alborotaba y loqueaba en un espacioso aposento de cierta quinta cerca de Bilbao, aposento cuyo destino se adivinará sin duda al saber que se veía allí un grande armario lleno de libros encuadernados en pasta y á la *holandesa*, mapas colgados de la pared, pizarras, esferas, tableros, caballetes y un piano, amén de sillas, bancos, mesas y pupitres. ¿Qué más se necesita para comprender que nos encontramos en una sala de estudio?

No hay para qué decir, sin embargo, que aquella noche no se hacía *la vela* como de costumbre, sino todo lo contrario: el bailoteo era incesante, las pizarras estaban vueltas de cara á la pared, el globo terráqueo aparecía irreverentemente coronado por un sombrero con plumas, y sobre la mesa no se descubría ni por asomo *Gramática*, *Aritmética*, *Geografía*, *Física* ni *Diccionario* alguno, sino álbumes y libros lujosamente encuadernados, cajas de colores, ajedreces, dominós, juguetes, linternas mágicas y otros objetos enteramente distintos de los manoseados volúmenes de clase.

El alboroto hacía presumir que la institutriz, soberana señora de aquella sala, se encontraría ausente; y, en efecto, no era vana la suposición. D.^a Remigia había aprovechado la época de vacaciones para echar una cana al aire y pasarse unos cuantos días en su pueblo, dejando que sus discípulas gozasen por su parte de una corta temporada de respiro. No hay para qué decir ahora si aquel enjambre de estudiantillas aprovecharía bien la libertad de que gozaba.

Y así era: con la llegada de los niños, que no tardaron en hacer su entrada, procedentes del colegio, retendió la sala, imagen un día del sosiego y el silencio, y no hubo ya límite al jolgorio. ¡Qué horror si D.^a Remigia hubiese podido contemplar en aquel momento la mutación que había experimentado aquel *sancta sanctorum* de la quinta!

Por supuesto que se estaba muy bien allí, muy calentito, muy abrigadito, bien alfombrado, con excelente fuego en la chimenea, caloríferos y gruesos cortinajes y *portieres*; pero ¡santo Dios, que frío hacía afuera! Tres palmos de nieve cuando menos cubría cuanto terreno alcanzaba á distinguir la vista. ¡Y cómo estaban aquellos árboles, semejantes á unos fantasmas blancos; y cómo daba dolor ver á los pobres pajarillos volar como ateridos en busca de un abrigo para la noche que se venía encima!

Joaquín, estudiante de primer año de matemáticas, se daba grande importancia verificando ante sus hermanos algunos *experimentos* que había visto hacer un día que asistió de oyente á la clase de física. La obtención del hidrógeno quemando un cucurucho taladrado por el extremo mereció numerosos aplausos; pero lo que sobre todo alcanzó una grande ovación fué el platear, con un poco de azogue sacado de un termómetro roto, una figurilla de metal representando la Virgen de Begonia, que, una vez terminada la operación, reflejaba con vívido resplandor la vacilante llama del hogar.

Cansados de correr y de saltar, hubo quienes se sentaron al amor de la lumbre; y lo mismo hizo Joaquín, guapo muchacho que estudiaba el cuarto año de segunda enseñanza.

—No he visto aún á Teresita,—exclamó de pronto.—¿Por dónde estará esa muchacha? Quedamos en que á las cuatro se vendría aquí para hacer una partida de damas, y no falta ya mucho para que den las cinco.

—Pero, chico,—repuso Alfonso, el *físico*;—¿acaso hay que hacerle caso nunca á lo que dice *Teré*? A fe que debe acordarse de las damas como yo del tiempo de Mari-Castaña. ¿Cómo quieres tú que ella, una chica de tanto talento, ocupada nada menos que en volver de arriba abajo toda una parroquia, en buscarles trabajo á una porción de grandes y chicos, jóvenes y viejos, vaya á perder el tiempo jugando contigo á las damas?

—Vamos, Alfonso,—respondió Carlota, la niña que venía después de Teresa;—¿te parece que está bien hablar de este modo de las buenas obras que hace Teresita? ¿Qué no pagaría yo por ser como ella, tan fuerte y andariega en vez de estarme ahí en casa siempre tomando remedios! ¡Llevo una vida tan inútil, tan egoísta!

—No hables así, Carlota,—repuso Joaquín.—Al contrario, eres muy laboriosa y te portas perfectamente bien. Y no digamos nada de tu voz, que de cada día es más bonita. Créeme: en mi opinión, el primer deber de una niña es hacerse agradable á sus hermanos; y en esto cumples tú hasta de sobras. ¿Qué quieres más que tenernos ahí, como ahora, esperando nos cantes algo?

(Se continuará)

SOLUCIONES Á LAS CHARADAS DEL NÚMERO ANTERIOR

Acróstico
Emerenciana
Rompe cabezas

M A U R A
M A R T A
B E R T A
D A R I A
L U I S A

Fuga de consonantes

Voto solo como zorro
y con oro bolso pongo:
cojo bolso, pongo hongo,
solo voto, cobro y corro.

Tercio de sílabas
Mascota, Cotufa, Tafalla

Charada acertijo
Juliana
Charadas
Luciana, Batata



+ PROBLEMAS Y EJERCICIOS MENTALES +

ARITMOGRAFÍA

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	=	Mar español.
6	7	8	4	5	3	8	1	10	=	Natural de una nación europea.	
6	10	4	5	3	8	1	10	=	Estudio agrícola.		
2	3	4	10	3	8	5	=	Nombre de mujer.			
1	10	6	7	2	7	=	Un oficio agradable.				
6	2	7	1	5	=	En la costa.					
1	10	1	10	=	Fruta de América.						
1	5	3	=	Animal doméstico.							
3	10	=	Adverbio.								
1	=	Consonante.									

PILAR Y ANTONIO SEVA

PILAR Y ANTONIO SEVA

ROMPE CABEZAS

B
E
R
N
A
R
D
O

Sustitúyanse los puntos con letras de modo que resulte en cada línea horizontal un nombre de varón, terminados todos en o, excepto el primero.

MARÍA G. DE FIGUEROA

✧ CHARADAS ✧

Saltó la fiera una dos;
y á un una dos tres saliendo,
en cuarta espantosa hubo
una infinidad de muertos.
Esto sucedió en mi todo,
dejando triste recuerdo.

CAPS

—*Todo es un gran orador
y una dos muy buen poeta,—
dijome un trabajador.*
Le pregunté:—*¿Tú una tres?*—
Y me contestó:—*¡Yo dos!*
—Hoy marchó,—le replicué.—
¡Prima! ¡Dos te terció hoy!

ANGEL ULLASTRES

*Tres un segunda primera
prima una cuarta, que estaba
tan cuarta tras dos tercera,
que con amor me brindaba.
— ¡ Si apenas es dos primera! —
le dije: — ¿ Dónde vas? Dos.
— Si quieres saberlo, el todo
has de hacer, — me contestó.*

VICTORIA P. HEMELGO

— Las soluciones en el número próximo —

ADVERTENCIA.—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de **La Ilustración Ibérica**: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.